# EPÍLOGO

No quiero cerrar este libro sin dar las gracias á los señores Cristóbal de Castro, Federico Urales, Eduardo Bustillo, Eusebio Blasco y Joaquín Dicenta que juzgaron honesto y honrado apañar con las gotitas de bálsamo de sus críticas amables, los arañazos y heridas, que en mi pobre Dimas abrieron, con sus plumas aceradas, otros críticos.

No me he propuesto con esta obra resolver nada trascendental, ni quebrar moldes, ni reformar nada en nuestro Teatro. En primer lugar á mí lo único que me interesa es *mí* teatro y además no me creo con fuerzas para meterme á redentor.

Igualmente, pues, doy las gracias á cuantos señores críticos me atribuyeron tan descomunales intenciones y les aseguro, para su tranquilidad, y la del gran Durmiente, cuyo reposo guardan, que es-

cribí mi obra con la más desarmada inocencia, sin intención ninguna maquiavélica, y que justamente en esa inocencia y en ese candor con que la hice, es en lo que me apoyo para darla hoy á la estampa.

Me parece que hay aquí algunas escenas llenas de fresca y dulce poesía; que la figura de Dimas dice algo de lo que nos dicen al oído *estos días* en que vivimos; que Andrés se queja con la tristeza de muchos compañeros degenerados, y que la generosa alma de Magdalena, inclinando gentilmente la herrada para consuelo de nuestras fiebres, será siempre símbolo de una amable y fortificadora esperanza para los que luchan.

Todas las amargas luchas y todas las poco atentas indicaciones de los críticos, no han bastado á enfriar en mi alma la dulce y calorosa sinceridad conque concebí y desarrollé las pocas páginas que forman mi poema.

Es más: he olvidado tan por completo sus indicaciones que, corrigiendo en pruebas El Pastor, no he curado de atender ni seguir la más pequeña de ellas.

Me complazco en asegurarles que, si he echado en olvido las críticas he olvidado también el malestar punzante que me produjeron, y la animosidad viciosa que despertaron en mi espíritu, cuando las recorría con ojos anhelantes, á la mañana siguiente del estreno de El Pastor.



En cambio no olvidaré jamás los nombres de los amigos que estampo con todo agradecimiento al principio de este Epílogo; ni la buena voluntad de los actores que dieron valer y vida á mi obra, ni la gentil benevolencia del maestro Pérez Galdós, que con toda bondad, me fué un apoyo en las tormentas de bastidores.

Este dulce agradecimiento y la convicción de que toda lucha es en sí misma remuneradora; son lo único que ha dejado en mi alma el estreno de El Pastor.

Que no es bueno condenar desde luego, porque punzan, las rosas, que se abren fresca y ritmicamente, que adornan la luz y que tienen perfume.

***E. Marquina.***